

TEXTOS

Octavio Paz: Amor y Erotismo

Una entrevista de Rita Guilbert

R. G. *Usted dice en su libro "Corriente alterna" que la rebelión estudiantil y la rebelión de la mujer son los dos movimientos más importantes de estos años, y que la rebelión de la mujer es sin duda la más importante y duradera.*

O.P. Le aclaro, antes de contestar a su pregunta, que yo no me refería al Movimiento de Liberación Femenino porque cuando escribí los textos agrupados en *Corriente alterna*, entre 1958 y 1964, ese Movimiento aún no existía. Yo aludía más bien a la aparición de la mujer en la vida pública —un hecho que remonta a cerca de un siglo y que ha cambiado decisivamente (y cambiará aún más) la fisonomía de las sociedades modernas. Hay un eclipse de la mujer al final del neolítico y su reaparición, a fines del siglo pasado, es un hecho de incalculables consecuencias y al lado del cual palidecen como meros epifenómenos la rebelión juvenil y los otros trastornos y conflictos de nuestro siglo.

R.G. *Vivimos una época revolucionaria . . .*

O.P. Durante todo el siglo XIX y lo que va del XX hemos vivido poseídos por la idea de Revolución: el mito de la Revolución, el mito del cambio: la sustitución violenta y súbita de un sistema por otro sistema. Sin embargo, los grandes acontecimientos históricos de la segunda mitad del siglo XX no se ajustan enteramente a este esquema. El pensamiento revolucionario había asignado al proletariado la función de cambiar al mundo pero, como todos sabemos, la clase obrera no ha sido el agente fundamental de los cambios históricos operados en el siglo XX. Por una parte, en los países subdesarrollados hemos tenido revueltas, disturbios y cambios en los que los protagonistas centrales no han sido los obreros; todos esos cambios —sin excluir a los de Rusia y China— no corresponden a lo que Marx creía que sería la revolución internacional de los obreros.

Por otra parte, en los países desarrollados, sitio de elección del proletariado, en lugar de la gran transformación revolucionaria hemos tenido diversas rebeliones: desde mediados del siglo pasado, la rebelión de los artistas y la crítica de los intelectuales; la aparición de la mujer como personaje público; ahora, la rebelión de la juventud; y, por último, el recrudescimiento de las luchas de las minorías sociales, religiosas y lingüísticas. Esos cambios no fueron previstos por el pensamiento del siglo XIX y son, a mi juicio, la sustancia de lo que estamos viviendo.

R.G. *¿Qué opina del Women Liberation Movement en los Estados Unidos?*

O.P. Es difícil dar una opinión. Hay una rebelión erótica, femenina y masculina; además e independientemente, hay una rebelión política de la mujer. Pero no hay que hacer una confusión entre los dos términos. Por ejemplo, he leído que los guías del movimiento femenino piensan que la copulación es un acto de esencia política. Bueno, esto es una tontería gigantesca. Todos los actos sociales, todos los actos humanos están teñidos de política, todo está contaminado de historia, pero lo que define al acto sexual no son las relaciones de dominación sino las relaciones biológicas. No la historia sino la naturaleza: el cuerpo.

R.G. *Pero la mujer ha sido y es un ser oprimido.*

O.P. Sí, probablemente desde el fin del neolítico. Esto es terrible porque tal vez le debemos a las mujeres las artes fundamentales de toda civilización: la agricultura, la alfarería, la cocina, los tejidos. Y todas esas artes son pacíficas. La esclavitud de la mujer, si hemos de creer a ciertos antropólogos, comienza con las civilizaciones urbanas: el descubrimiento de los metales y los consecuentes progresos en el arte militar; la invención de la escritura y la consecuente aparición de las grandes burocracias religiosas y estatales, monopolizadoras del saber; las primeras urbes y la consecuente necesidad de mano de obra servil. Así, pues, la esclavitud de la mujer comienza con la de la mayoría del género humano. O sea, con lo que llaman Estado, historia... Pero hay un abismo entre esto y lo que dicen algunas lideresas del Women Liberation Movement. Es absurdo que comparen a la mujer con el proletariado, o con los negros: las mujeres no son ni una clase ni una raza. Esas analogías son falsas. Las mujeres no tienen porqué usar categorías históricas y políticas ajenas a su situación —eso es una nueva forma de enajenación. Para liberarse efectivamente, deberían partir de su propia realidad...

R.G. *Algunas feministas adoptan una actitud antimasculina.*

O.P. Yo estoy por la igualdad, pero igualdad no quiere decir identidad, homogeneidad. Los hombres son —y qué bueno que lo sean— cada uno distinto al otro; y también qué bueno que los hombres sean distintos a las mujeres. En una sociedad realmente libre lo importante sería el cultivo de las diferencias: aquello que nos distingue es aquello que nos une. Deberíamos concebir a la sociedad como una asociación de oposiciones complementarias y la gran oposición es lo masculino y lo femenino. Iré más lejos: creo que del juego de lo masculino y de lo femenino podría surgir una nueva cultura y creaciones que ni siquiera sospechamos. La oposición de lo femenino y de lo masculino es una oposición de orden complementario. Además, en el seno de cada hombre y de cada mujer esa oposición renace, de modo que en cada hombre hay algo femenino y en cada mujer hay algo masculino.

R.G. *En la sociedad moderna hay oposición pero no esa oposición complementaria que usted dice.*

O.P. Cuando una sociedad presenta como único arquetipo lo masculino, hay violencia y deformación. Ese es el caso de la sociedad protestante capitalista de los Estados Unidos: el modelo ha sido sobre todo un arquetipo masculino y la mujer ha tenido que adaptarse a este modelo; al masculinizarse, la mujer se ha deformado. Pero el hombre también se ha mutilado. El hombre no es solamente hombre, es también mujer. Cuando el hombre norteamericano piensa que lo fundamental es el trabajo, el ahorro, la dominación... cuando concibe el deporte como competencia y como guerra... cuando incluso ve al placer como trabajo y el número de orgasmos es equivalente al número de rounds en una pelea o al número de dólares que tiene en la cuenta del banco... en ese momento el arquetipo masculino está mutilando al hombre. Habría que feminizar a la civilización occidental.

R.G. *¿Hay ejemplos?*

O.P. Claro que los hay. Le citaré uno: la civilización india. Compare a Cristo con el Buda. Cristo está hecho de líneas rectas, no hay en él una sola forma curva femenina. No es extraño que el cristianismo haya sido también la religión de las cruzadas, la inquisición y el capitalismo. El Islam, la religión de la espada, es también preponderantemente masculino. En cambio, en la figura del Buda y en la de Shiva encontramos cierta feminidad que se integra a su virilidad. Las diosas indias son el colmo de la feminidad —caderas redondas y amplias, pechos inmensos— y sin embargo cabalgan tigres y leones, combaten contra monstruos: son

guerreras, viriles. En la India hubo una interpenetración entre la virilidad y la feminidad. Deberíamos ser los hombres más femeninos y las mujeres más masculinas. El drama del feminismo norteamericano es que su arquetipo es masculino. La mujer yanqui, sin excluir a las feministas, se ve a sí misma con los ojos masculinos. La verdadera revolución sería que las mujeres diesen a la sociedad arquetipos masculinos y femeninos y que nosotros, los hombres, nos viésemos en ellos.

R.G. *Masculinización y feminización que no tiene conexión con el homosexualismo.*

O.P. El homosexualismo es una desviación. No debemos perseguir a las desviaciones. Tampoco idealizarlas. Pero tal vez deberíamos comenzar por *no* llamar desviaciones y perversiones a la pederastia, el lesbianismo y las otras excentricidades eróticas. Esos nombres son un indicio más del carácter represivo de nuestra sociedad...

R.G. *¿De la nuestra o de todas?*

O.P. De todas. Aunque cada una de una manera distinta. En todo caso, Fourier llamaba a esos *penchants* de la carne y la imaginación con un nombre más humano y realista —*manías*. Sí, son notas extremas de la armonía erótica, matices del tejido universal. O sea, parte de ese vasto sistema de atracciones y repulsiones que es el erotismo. Pero no son el centro del sistema. El pivote de la sexualidad, lo que da movimiento al todo, es la oposición universal y complementaria entre lo masculino y lo femenino. De ahí, mi interés en el ejemplo indio. En el arte y la religión de la India no hay dioses homosexuales ni diosas lesbianas; en cambio, en una mitología como la griega, en la cual el arquetipo central es masculino, aparecen con frecuencia relaciones de tipo homosexual masculino. En la Edad Media tenemos un fenómeno contrario, el culto a la Virgen. Fue una tentativa prodigiosa de la Iglesia para feminizar al cristianismo. Y fue lo que le dio a la Edad Media una vitalidad extraordinaria, además de que produjo el gran arte que conocemos. La poesía provenzal inventó un arquetipo femenino y convirtió a la mujer en una suerte de depositaria de la salud cósmica. La mujer era el intermediario entre el cielo y la tierra, el mundo puro de las ideas y el hombre. La Iglesia expropió, por decirlo así, esta visión de la mujer y fundó el culto a la Virgen. Necesitamos ahora un arquetipo semejante al de la Virgen de la Edad Media. Habría que volver al origen, a la poesía provenzal.

R.G. *Es decir que el movimiento femenino puede llegar a ser positivo.*

O.P. La rebelión de la mujer es un aspecto de los cambios que experimenta Occidente. Cuando uno ve lo que es la civilización contemporánea, más bien es uno pesimista: es el reino de la violencia, la mentira. Pero hay movimientos que implican posibilidades de renovación, como el de las minorías raciales o el de la juventud. En el caso de la mujer, el movimiento no es de una minoría sino de la mitad del género humano. Pero, repito, para mí lo esencial no es que las mujeres tengan derechos idénticos a los de los hombres —aunque esto sea necesario, urgente, indispensable— sino que tengan conciencia de ellas mismas, sobre todo de su cuerpo. Sólo si la mujer tiene conciencia de su propia singularidad corporal podrá crear arquetipos eróticos de lo masculino y lo femenino. A partir de su cuerpo debe edificar su imagen del hombre y de sí misma. Al liberarse de la imagen deformante que el hombre le ha impuesto de sí misma, la mujer también liberará a los hombres.

R.G. *¿Cómo?*

O.P. Cuando la mujer, al comenzar la revolución industrial, abandonó el hogar para trabajar en fábricas y oficinas, engrosó los ejércitos de los asalariados. ¡Eso no fue una liberación! Desde este punto de vista, la liberación de la mujer es una parte de la liberación general de los asalariados. Pero yo me refiero, además, a *otra liberación*, una liberación que sólo la mujer puede realizar: cambiar el erotismo occidental, feminizar nuestra agresiva civilización, darnos arquetipos eróticos distintos a los que la sociedad industrial moderna, en sus dos vertientes; la capitalista y la comunista, ha impuesto en todo el planeta. Acabar con los mitos del trabajo que hacen del cuerpo y del alma meros instrumentos de producción...

R.G. *En "Conjunciones y disyunciones" usted dice que "de la relación entre los signos 'cuerpo' y 'no-cuerpo' depende, hasta cierto punto el carácter de cada sociedad e incluso su porvenir". ¿Quisiera aclarar esta idea?*

O.P. Pienso que en todas las civilizaciones aparecen siempre dos signos, el del *cuerpo* y el del *no-cuerpo*. Naturalmente el signo *cuerpo* puede llamarse naturaleza, materia, y el término *no cuerpo* puede llamarse alma, espíritu, nirvana, atman, etc. La realidad que designa la palabra *alma* y la que designa la palabra *atman* no son traducibles a otra lengua. Pero sí es traducible la relación de oposición complementaria entre un término y otro. Hay civilizaciones en las cuales esta relación es contradictoria, disyuntiva; hay otras en que la relación es de conjunción. Si

la conjunción es excesiva, la sociedad enferma gravemente; pero una disyunción excesiva también es peligrosa. Lo ideal es cierto desequilibrio armónico. Si hay una ligera preminencia del cuerpo, el espíritu tiene la posibilidad de contestar al cuerpo; si hay una ligera preminencia del espíritu, el cuerpo puede contestar al espíritu. Ejemplo: el arte románico en Occidente y el budista de la India entre el siglo II A.C. y el siglo III D.C. Los santuarios budistas representan al Buda desencarnado y son una negación del cuerpo —pero esos monumentos están rodeados de ba-laustradas con relieves que describen escenas de la vida cotidiana, escenas de gran sensualidad. Este continuo diálogo entre el erotismo y lo sa-grado, entre el espíritu y el cuerpo, es lo que dio vitalidad en cierto momento al budismo y también, en la Edad Media, al cristianismo. Yo creo que vivimos ahora el final de un período. El siglo XIX fue el siglo de la negación del cuerpo; ahora estamos frente a una gran rebelión del cuerpo... Pero esta rebelión es equívoca.

R.G. ¿Por qué es equívoca?

O.P. Porque asume formas intelectuales, propias del signo *no-cuerpo*. Me explicaré... Es evidente que uno de los grandes momentos de esta rebelión del cuerpo es la obra del Marqués de Sade. En el siglo XIX los pocos que estudiaron la obra de Sade dijeron que era un gran descubridor de desviaciones y perturbaciones sexuales. Es verdad pero no creo que la originalidad de Sade resida en sus descubrimientos de patología sexual. Los antiguos conocían las prácticas sexuales que describe Sade y muchas entre ellas eran ritos eróticos en las religiones primitivas. Lo que es absolutamente nuevo es la actitud de Sade ante esas prácticas: dejan de ser abominaciones o rituales para convertirse en opiniones filosóficas. El título de uno de sus libros es revelador: *La Philosophie dans le Boudoir*. El erotismo convertido en filosofía, y la filosofía convertida en crítica: el erotismo al servicio de la negación universal. Esto es absolutamente nuevo... La negación es la función por excelencia del espíritu, lo mismo en la teología cristiana, en Dante o en Milton, que en el pensamiento moderno. Para Hegel el concepto es negación y el hombre es el que introduce la negación en el universo. Si el erotismo se vuelve filosófico y crítico, deja de ser corporal. Esto es lo que ocurre con el movimiento feminista actual en los EE. UU. Naturalmente están muy lejos de Sade esas señoras tan combativas y optimistas. Son una caricatura optimista de Sade. En suma, la rebelión del cuerpo es equívoca porque es una rebelión en nombre de principios no corporales, críticos e intelectuales. Una rebelión que se sirve del cuerpo para hacer una crítica de la socie-

dad. Así, por una parte, denuncia nuestra nostalgia por la realidad del cuerpo, por la verdad del placer, que es una verdad instantánea, al mismo tiempo, el espíritu, el viejo signo *no-cuerpo*, el signo de la opresión y de la represión, el signo de la inquisición, el signo sádico por excelencia, se disfraza de *cuerpo* y así lo niega. Porque el cuerpo no es idea ni crítica: es placer, fiesta, imaginación.

R.G. *Dice también usted: "Ninguna civilización, con excepción tal vez de la azteca, puede ofrecer un arte que rivalice en ferocidad sexual con la de Occidente".*

O.P. Mejor no hablemos de los aztecas porque muchos de mis paisanos se enojan. Usemos otros ejemplos: el arte cristiano medieval o el tibetano son crueles porque son religiosos. La crueldad del arte erótico moderno no es religiosa sino filosófica. Piense en esa tradición novelística que va desde Sade a la *Histoire d'O*. En todas esas obras, algunas extraordinarias, el cuerpo deja de ser cuerpo para convertirse en un signo de la destrucción del mundo. Sade no sólo quiere destruir al mundo por la sensación, también quiere destruir a la sensación. La gran creación de Sade es Juliette, un personaje terrible —y esto es admirable de parte de Sade: en lugar de que el príncipe del mal sea un hombre, es una mujer, esa fascinante Juliette... Pues bien, Juliette pone en los placeres terribles demasiada pasión. Y una de sus amigas, la lesbiana Clairwill, le dice: "El verdadero libertino es impasible. Tú eres demasiado fogosa". El filósofo libertino busca por las sensaciones... la insensibilidad. El estado perfecto del libertinaje es un estado negativo. El modelo de Sade no es el volcán, aunque a él le gustan mucho los volcanes, sino la lava fría. Cuando pienso en el mundo de Sade, pienso en un volcán extinto. Cuando pienso en el libertinaje, pienso en ese paisaje de lava. El paisaje de la destrucción.

R.G. *¿Cuál es para usted la diferencia entre erotismo y sexualidad?*

O.P. Yo diría que la sexualidad abarca una esfera muchísimo más amplia que la esfera erótica. La sexualidad es animal y aún vegetal; el erotismo es única y exclusivamente humano, social. En el erotismo las formas animales de la sexualidad se transforman. Voy a ponerle a usted un ejemplo: la costumbre entre las parejas de llamarse con nombres de animales: "mi paloma", "mi tortuguita", "mi león", "mi tigre", etc. El erotismo, verbal y físicamente, es una metáfora de la sexualidad animal. Los seres humanos copulan como los leones, los tigres, las palomas. O como la manta religiosa o cualquier otro insecto siniestro. Ahora bien: nosotros hace-

mos el amor como los leones pero los leones no hacen el amor como los hombres. En el erotismo aparece un elemento de libertad e imaginación (la palabra como) que no figura en la sexualidad. El erotismo es la representación de la sexualidad, su metáfora. A veces, una sacralización de la sexualidad, como en las cortes de amor de Provenza; otras, una profanación, como en Sade. El erotismo es inseparable del lenguaje y, en consecuencia, es cultura, historia. El lenguaje nos sirve para transformar la sexualidad animal en una práctica en la cual el hombre por una parte se refleja en la naturaleza como en un espejo y por la otra niega a la naturaleza. El erotismo es una afirmación de la sexualidad y al mismo tiempo es una negación de la sexualidad. Es una invención.

R.G. *¿El erotismo es amor?*

O.P. Hay tres niveles: el nivel sexual, biológico y animal; el nivel erótico, social; y el nivel personal, amor. El erotismo pertenece a todas las sociedades y civilizaciones; el amor, según parece, es una invención de Occidente. Nace en Provenza, como una creación poética y desde el principio la Iglesia lo combate. Desde su nacimiento, el amor ha sido una transgresión de las normas sociales, una ruptura de los vínculos, ya sean familiares o de clase, raciales o conyugales. El amor ha sido el culto secreto, subterráneo de Occidente. Denis de Rougemont ha escrito un libro notable sobre esto. Hay en la conciencia de Occidente una extraña ambivalencia: exalta al amor y al mismo tiempo lo condena como una pasión antisocial. A mi juicio, la diferencia entre el amor y el erotismo podría residir en esto: el erotismo es social, plural; el amor es interpersonal. La idea del amor implica elección de un cuerpo y un alma únicos: una persona. Así, en nuestra idea del amor a una persona hay un elemento platónico y cristiano (el alma) y una transgresión del cristianismo y el platonismo: esa alma única es inseparable de un cuerpo también único.

R.G. *¿Qué piensa de la situación del amor en el mundo actual?*

O.P. La decadencia moderna del amor es la consecuencia de la decadencia de la noción de persona y del ocaso de la idea de alma. La promiscuidad moderna niega al mito central de Occidente y esto, para mí, es perturbador. El último gran movimiento espiritual de nuestro siglo fue el surrealismo, que exaltó siempre al amor —y al amor único, no al promis-

cuo. El surrealismo afirmó simultáneamente la libertad erótica más total y el amor único. No creo que podamos construir una nueva civilización en Occidente si no es sobre el amor. Para mí la libertad erótica está ligada a la elección amorosa y ambas se oponen a la promiscuidad.

NOTA

La entrevista de la que forman parte estas páginas fue realizada por Rita Guibert en el Churchill College, de la Universidad de Cambridge, Inglaterra, entre el 30 de septiembre y el 4 de octubre de 1970. La autorización para reproducirlas ha sido generosamente concedida por el entrevistado y la entrevistadora, así como por la editorial Alfred A. Knopf, de Nueva York, que posee los derechos exclusivos de la entrevista.

